

el niño

POR JOSE CAMON AZNAR

Es el divino infante de carne o de luz? ¿Es criatura o símbolo? ¿Se refugia en su cuerpo el desamparo o el todopoder? He aquí que la clave del Universo es desde ahora un Niño cuya aureola es un aliento de buey y cuyo ámbito es la noche. Todas las estrellas erizan sus luces, los ganados son acosados por ángeles y la Redención con su clámide de sangre va escoltada por los tiempos. Pero nada de ello evita que este niño, corito y rosado, sea pinchado por las pajas del pesebre y que un arco roto sea su dosel. Y es así, transido por las noches y por la pobreza, en la linde de los espacios despoblados y de las ciudades, en el punto en que confluyen los cantos de los hombres y las armonías estelares, donde el Redentor se sítida para que el destino de Dios pueda cumplirse. Todo es aquí liminar y condensador, resumiendo en ese coágulo de sangre todo el caudal humano y divino de la creación. Dios, encarnado en una materia sin usar aún por el dolor, cifra de un cuerpo intacto, dudoso entre carne y estrella. Van los pastores a adorarle y luego sus ojos pueden quedar perplejos entre el recuerdo de un niño o de un ascua. El buey le adora y la mula se espanta. Y entre sus presentimientos, la Madre se siente inundada como de leche tibia de piedad para su piel friolenta y San José tiene que taparse los ojos como si estuviera al borde de la zarza donde arde Dios. Un tetrarca ordena su degollación y tres reyes cruzan la Mesopotamia con regalos. Y entre los ángeles que flotan con filacterias, gozosos, en un vuelo que ondula con ritmo de música, hay uno en un ángulo del cielo que sostiene un cáliz. Alternan la noche y los fuegos. Y es en este cruce de toda la dicha y de todo el sufrimiento donde se recuesta ese cuerpecillo que acaba de brotar.

*«Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno»*

Y esta flor sobre el heno que ahora es glorioso «porque ha caído sobre él», es en otros poetas pan que todas las bocas de los hombres han de degustar para morder así la raíz de la eternidad.

En villancicos y coplas, los pastores corren a festejar el nacimiento del hombre y de Dios. Toda la Humanidad celebra ese renacer que ahora lo es a la gracia y al dolor. Porque el primer estigma de esta niñez mortal es aparecer como víctima, con la piel indefensa, hasta de los elementos.

*«¡Ay, Niño mío!
¿cómo siendo sol bello
tembláis de frío?»*

Esta disciplina de dolor ha de ser ya la ruta de Jesucristo desde su carne infantil. Este es el milagro que ha de constituir la esencia del cristianismo. Acuden los hombres a adorar a Dios... y a compadecerle. Los mismos elementos se juntan a su alrededor para verter sobre él sus clemencias. «Palmas de Belén» en Lope de Vega son las

*«que mueven airados
los furiosos vientos
.....
no le hagáis ruido,
corred más paso
que se duerme mi niño,
tened los ramos»*

Y esos «riguroso yelos» que le cercan tienen que ser entibados por vahos de establos. Aquí, sobre el regazo de la noche, a la que los resplandores de los luceros no calientan, aparece este Niño con una simbología de crucificado. Aquí puede decirse que empieza su Pasión. Ya toda su vida es sólo un desgarramiento que ha de terminar en la Cruz. Podemos decir que las asechanzas de muerte forman su aureola y que, desde su primer vagido, el adoctrinamiento y la ejemplaridad de este infante radican en que tiene como médula de su vida a la misma muerte. Este Dios «que ha nacido apenas» une la amargura de su fin al desamparo de su primera noche.

*«Déjenle dormir
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir»*

¿Ha seguido el arte esta ruta compleja de la poesía? Forzoso es decir que fuera de algunos artistas de excepción, en general, pintores y escultores han banalizado la representación de Dios niño. Han visto el nacimiento como una representación ritual, pero realizada con formas naturalistas. Y si en los demás protagonistas del pesebre su significación histórica motiva una sublimación de su realidad humana, en el Niño esta concreción naturalista se mantiene inalterable. En la primera representación que conocemos del Niño en las catacumbas se le concibe más bien como símbolo, en el centro del regazo materno, como en una custodia, cercano a Isafas y con la estrella guadora en el cielo. En el siglo IV el nacimiento se consolida ya en la forma en que ha llegado hasta nosotros. Un sarcófago con este tema efigia la escena del pesebre con el pintores-

quismo naturalista que ya no ha de tener alteración hasta nuestros días. ¿Cuál puede ser el fundamento estético de esta abigarrada escenografía, tan rica de planos y de elementos populares? Desde luego no puede proceder de un foco digamos oficial, pues el arte aulico, lo mismo en los círculos latinos que en los bizantinos, efigia a los personajes evangélicos con dignidad y atuendo cortesanos. Tampoco creemos que pueda proceder de antecedentes siríacos, pues los tipos temáticos creados en Antioquía son mucho más esquemáticos, con un preponderante valor simbólico. Más bien parece proceder del arte alejandrino, con su gusto por los accesorios rurales y por las escenas de complejas perspectivas y de personajes de acento campesino.

En la Edad Media hay tres momentos distintos en esta iconografía. En la época románica el Niño es concebido con pergeño alegórico, colocado en el último plano de la escena, sobre un pesebre y bajo las cabezas de los dos animales. Esta escenografía del siglo XII es muy esquemática y lo mismo en los capiteles, en la orfebrería—el Arca Santa de Oviedo—, que en las pinturas de tablas y muros—en San Isidoro, de León—, a la Virgen se la representa acostada en un lecho,

al lado de San José meditativo. Y el Niño aparece hasta la mitad del siglo XV, envuelto en un pañal que en cierto modo espectraliza su humanidad y le da una significación casi alegórica. Es ya en el arte cuatrocentista donde el cuerpecillo de criatura se efigia en directo realismo, con una desnudez floreciente y estricta, con un servil naturalismo. Esta delectación en la recencia de un cuerpo de infante continúa en el Renacimiento, si bien magnificando la escena con aparato de arquitecturas y paisajes que le dan empaque de gran espectáculo.

Digamos finalmente que la interpretación más clarividente y trascendental del Niño Dios se ha dado en España con el Greco y con Montañés. Estos artistas han sublimado la visión realista de un desnudo infantil y han extendido su significación por anchuras metafísicas. El Greco ha visto al Niño como luz. En la adoración de los pastores de Santo Domingo el Antiguo, una dislocada inspiración preside este chisporroteo de luces que irradian trémulas sobre todos los personajes, dramatizando las sombras. El Niño es sólo una alusión a una forma infantil incandescente,

con fulgores deshilados en brillos espectrales. Este tema, que, a través del Correggio y de Bassano, repite el Greco en varios ejemplares, tiene su expresión más concentrada en el nacimiento de Illescas. Aquí todo se exalta en formas laminadas. El Niño expande un albo fuego que trasmuta en angélicos a todos los seres cercanos. Todo es aquí resplandor, brillos inestables, reverberos de llamas frías. La otra interpretación es la de Montañés, que efigia al Niño en la más concentrada meditación. Su cabeza aparece sombría de pensamientos, abrumada de ceños y de futuros. Es una cabecita de adultos pensamientos, con la seriedad de la consciencia de prédicas y martirios. Se le siente poseído de su misión, con un mechón sobre la frente, como una nube trágica, que aún recarga más la expresión tan reflexiva. Todas las gracias de la plástica de este gran escultor están en sus niños al servicio de esa fatalidad redentora que entenebrece sus frescos rasgos infantiles.